

AL DR. MANUEL URIBE ANGEL

Cumplida tu misión en este mundo
 Nos dejas cual munífico legado
 Tu nombre bendecido y alabado
 Con amor y el respeto más profundo.

Eximio sabio y médico profundo,
 Fuiste por el Eterno destinado
 A prodigar el bien, y al desdichado
 Consuelo dar, y alivio al moribundo.

Hoy, al hundirte en el obscuro ocaso,
 Serán tus obras la inmortal semilla
 Que á la Patria honrarán y á tu memoria;

Feliz quien, como tú, deja á su paso
 Un recuerdo querido y sin mancilla,
 Que será nuestro orgullo y nuestra gloria.

M. A. BALCÁZAR.

Junio de 1904.

EL ANCIANO BLANCO

Envigado, por conducto del Concejo y del Jefe Municipal, en solicitud premiosa, me hizo el honor de exigirme que fuese el representante de la tierra nativa del DR. MANUEL URIBE ANGEL, en las exequias del llorado anciano.

No hablé en ellas porque temí que el estrépito oratorio pudiese turbar lo austero de la muerte.

Cumplo ahora la comisión, trayendo á LA MISCELÁNEA—el periódico favorito del DR. URIBE ANGEL—el mensaje que le envía su pueblo, el mensaje del dolor por la muerte del más ilustre de sus hijos contemporáneos. Este es para Envigado un duelo de familia, y no puede menos que hacerse oír en las horas fúnebres en que llora la muerte de su Jefe.

Cada ramo del saber, cada fibra del amor, pierden algo en la desaparición del DR. URIBE ANGEL. Colombia y Antioquia sienten orfandad en ella, porque han quedado sin el obrero que en muchas de sus necesidades las servía, y en muchos de sus infortunios las consolaba; pero su pueblo natal lo pierde todo!

El DR. URIBE ANGEL y la tierra de su nacimiento, se amaron, se compenetraron: el hombre le dio su inteligencia y su energía; le consagró desvelos, le prodigó conocimientos, perfeccionó su hermosura; contó sus primorosas tradiciones, la virtud y gallardía de sus mujeres y las grandezas de sus hombres grandes. En esa tierra recogió la primera y la última luz que llegaron á sus pupilas, y cuando la noche fue en éstas—noche larga que apenas acaba de amanecer en el Cielo—quedaron prisioneros entre los ojos apagados los rayos de los días tórridos y los crepúsculos incomparables del horizonte nativo.

La tierra, en cambio, dio al hombre cuanto darle podía: gérmenes de vida que modelaron el cuerpo para las formas de la estatua;